

LA ERÓTICA DEL PODER

Nerea Barjola

Ha ocurrido algo grave; El poder como tal ha tomado vida propia y se niega -por muchas leyes que le obligue- a dejar su sillón por encima del mundo. Me explico; si no teníamos bastante con la frenética carrera que ha de coronar en las más altas esferas la bandera femenina, ahora resulta que el poder que transmite la inteligencia, la ambición, las dotes artísticas, la decisión, la INDEPENDENCIA perjudica seriamente a nuestro erotismo, en otras palabras, que no les pone.

¿Y por qué a nosotros sí? Probablemente porque el poder tal cual se ha definido nos ha hecho mucho daño, probablemente porque la palabra lleva además implícita la protección, la sabiduría, la jerarquía, o sea, un triste episodio femenino aún por desmantelar. Es probable que sea porque nunca lo hemos tenido -al poder me refiero-. Y ya se sabe lo que ocurre cuando al ser humano se le niega algo; que ese algo se vuelve irresistible. Y por lo mismo, porque ellos siempre lo han tenido y de una manera quizás más irracional lo siguen conservando, el erotismo que el poder desprende no resulta igual de embriagador en mujeres que en hombres o puede que si y el viejo enigma del miedo les paralice.

El problema está en la reflexión; Ellos nunca han tenido la obligación de pensarlo. Hasta no hace mucho la división social nos mantenía en electores y elegidas, desde esta cómoda posición de mando,

es lógico que el fijarse en cualquier otra cualidad no les haya sido necesario. Conceptos como seducción, enamoramiento, romanticismo han estado privatizados. Las mujeres recibíamos. Esperábamos. Este poder en ellos innato es lo que hace que no les resulte atractivo. De igual manera, esta idea ha restringido bastante su definición de poder que se traduce poco más que en dinero, posición y dominio. En nuestro caso, el poder

tiene más ramificaciones; está en los gestos, en las palabras, en lo que se hace de la vida, en las capacidades y sí, a veces, también en el dinero -algo que tampoco hemos tenido-.

Avancemos en la definición, partamos de un poder en blanco. Un poder que no subleve, que nos aporte y no nos quite, que nos de elección. Quitémosle las intromisiones, su mala utilización, ese eje perverso adherido al concepto y que para lo referente al goce del cuerpo y su química, nos estorba. Estoy hablando de quitarle las consecuencias; Sin ellas, la palabra quizás regrese a su sentido más original. Quedémonos con la mirada electrizante, quedémonos con la voz, con todo lo que nos despierte, nos erice, nos excite. Esto es poder. Tomándolo así ¿Cómo puede el erotismo del poder entender de géneros?

Miedo y también falta de costumbre y ¿Por qué? *"hace siglos que las mujeres han servido de espejos dotados de la virtud mágica y deliciosa de reflejar la figura del hombre, dos veces agrandada. Sin ese poder..."* habla la mismísima Virginia Woolf. **F**

